

DT. 3

Mensaje de Iglesia para Catequizandos



Entre los miles de documentos pontificios a los que tenemos acceso, se pueden conseguir algunos interesantes para todos los niveles. Se proponen como modelos algunos: una carta a los niños de un Papa y un mensaje de un Concilio a los jóvenes.

Texto 1: Una carta de Juan Pablo a los niños dice así:

Queridos niños:

Os escribo acordándome de cuando, hace muchos años, yo era un niño como vosotros. Entonces yo vivía la atmósfera serena de la Navidad, y al ver brillar la estrella de Belén corría al nacimiento con mis amigos para recordar lo que sucedió en Palestina hace 2000 años... Vosotros conocéis todos estos acontecimientos relacionados con el nacimiento y la vida de Jesús. Os los cuentan vuestros padres, sacerdotes, profesores y catequistas.

Yo os quiero invitar a que penséis que hay muchos niños que padecen hambre y miseria, mueren a causa de las enfermedades y del hambre, perecen víctimas de la guerra, son abandonados por sus padres y condenados a vivir sin hogar, privados del calor de una familia propia, soportan muchas formas de violencia y de abuso por parte de los adultos. ¿Cómo es posible permanecer indiferente ante el sufrimiento de tantos niños, sobre todo cuando es causado de algún modo por los adultos?

Queridos chicos y chicas, sois de la misma edad del Jesús de doce años que fue al Templo. Por eso os pregunto: ¿No vienen a vuestra mente, en este momento, las enseñanzas de religión que se dan en la parroquia y en la escuela, clases a las que estáis invitados a participar? Quisiera haceros algunas preguntas: ¿cuál es vuestra actitud ante las clases de religión? ¿Os sentís comprometidos como Jesús en el Templo cuando tenía doce años? ¿Asistís a ellas con frecuencia en la escuela o en la parroquia? ¿Os ayudan en esto vuestros padres?

De manera especial, a vosotros, queridos amigos que hacéis la Primera Comunión os recuerdo que es sin duda alguna un encuentro inolvidable con Jesús. Es algo que se recuerda siempre como uno de los más hermosos de la vida. La Eucaristía es el más importante de los sacramentos. En ella el Señor se hace alimento de las almas bajo las especies del pan y del vino. Los niños la reciben una primera vez, pero luego han de recibirla cuantas más veces mejor para seguir en amistad íntima con Jesús.

¡Cuántos niños en la historia de la Iglesia han encontrado en la Eucaristía una fuente de fuerza espiritual, a veces incluso heroica! ¿Cómo no recordar, por ejemplo, los niños y niñas santos, que vivieron en los primeros siglos y que aún hoy son conocidos y venerados en toda la Iglesia? Santa Inés, que vivió en Roma; santa Agueda, martirizada en Sicilia; san Tarsicio, un muchacho llamado con razón el mártir de la Eucaristía, porque prefirió morir antes que entregar a Jesús sacramentado, a quien llevaba consigo.

Vosotros no sabéis de odio y sí de amor: por esto el Papa está seguro de que no rechazaréis su petición, sino que os uniréis a su oración por la paz en el mundo con la misma fuerza con que rezáis por la paz y la concordia en vuestras familias.

Al final de esta carta os quiero decir: Alabad al Señor. Rezad, queridos muchachos y muchachas, para descubrir cuál es vuestra vocación y para seguirla generosamente. Tener la certeza de que Dios os quiere. Yo le digo por vosotros a Jesús mi plegaria ¡Levanta tu mano, divino Niño y bendice a estos pequeños amigos tuyos,

Sugerencias catequísticas:

1. Analizar la carta y hacer un resumen o lista de varios aspectos:
 - a) de las cosas que enseña y sugiere en el terreno de la fe;
 - b) de las consignas de vida que da;
 - c) y de los recuerdos que evoca
2. Responder con otra carta, firmada por todos los miembros de la clase

Texto 2. MENSAJE DEL CONCILIO VATICANO II A LOS JÓVENES



Finalmente, es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella.

La Iglesia, durante cuatro años, ha trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven. Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, porque la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir.

La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras.

Está preocupada, sobre todo, porque esa sociedad deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe, y porque vuestras almas se puedan sumergir libremente en sus bienhechoras claridades. Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno.

En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner arduamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores.

La Iglesia os mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, siempre vivo en ella, y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de

la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes. Precisamente en nombre de Cristo os saludamos, os exhortamos y os bendecimos. 7 de diciembre de 1965

- - - - -

Ejercicios sugeridos

1. Recordar datos del Concilio Vaticano II y resaltar la idea de que un Concilio se mantiene vivo durante mucho tiempo como fuente de inspiración y como criterio de actuación en la Iglesia. El Vaticano II ha inspirado los últimos cincuenta años. Sigue vigente en sus criterios y debe ser conocido y aplicado. Tomar conciencia de sus 14 documentos orientadores: 4 constituciones, 7 decretos y 3 declaraciones.
2. Resaltar la diferencia que hay entre sinceridad en el anuncio a los jóvenes como personas y como cristianos, al margen de la raza, la geografía, el sexo o la clase social, y también de la edad, y la demagogia en el trato que considera a los jóvenes como una clase especial en la Iglesia, provocando cierta conciencia de grupo agresivo, por naturaleza rebelde y en ocasiones insolente. Para el mensaje cristiano y para la verdad revelada no hay ni edad ni posición. Lo que hay es "el hijo de Dios" que asume una responsabilidad de conciencia ante el mensaje recibido.
